

Revoluciones y libros:

*el comercio político de la cultura
en el imperio de Brasil¹*

Marco Morel

INTRODUCCIÓN

Este artículo se inscribe entre las tendencias historiográficas de renovación de los estudios políticos y culturales, o sea está situado en un campo con determinadas referencias teóricas y metodológicas, sin que eso signifique que se opone a las orientaciones que caracterizaron a la llamada historia socioeconómica.

Se toma como estudio de caso la actuación pública del comerciante francés Pierre Plancher en los años 1820-1830 en Río de Janeiro, capital del imperio de Brasil. La actividad profesional del francés se dividía en tres ramos principales: edición de libros, edición de diarios y venta de libros. Se emplean fuentes documentales (manuscritas e impresas) referentes a esos temas, compiladas en archivos franceses y brasileños. El objetivo del presente trabajo es trenzar los siguientes hilos: el ensayo biográfico, la historia de las prácticas de la cultura y del comercio cultural, y la historia de las ideas políticas. A partir de estas fuentes y aproximaciones (y utilizando como base metodológica levantamientos cuantitativos) es posible tratar dos aspectos que integran las transformaciones de los espacios públicos: la organización de la cultura y algunos tópicos de análisis del pensamiento político de la época de construcción del Estado nacional brasileño.

Traducción de Guillermo Palacios.

¹ Este artículo fue extraído de la parte I de la tesis del autor, 1995.

LAS METAMORFOSIS DE UN COMERCIANTE DE LA CULTURA

Una mañana calurosa y sofocante de febrero de 1824, con un sol a plomo apenas amainado por la brisa del mar, el librero y editor Pierre Plancher desembarca en el puerto de la corte imperial, pisando por primera vez la tierra firme al sur de la línea del ecuador. Se encuentra de pronto con la Plaza del Palacio de Río de Janeiro (sede administrativa de la monarquía) y con la catedral, ambas plantadas en medio del bullicio de esclavos, soldados y vendedoras ambulantes y de las cargas retiradas de las embarcaciones. Varias trayectorias se entrelazaban en ese instante: la vida de este comerciante de la cultura, que dejaba atrás de la bahía de Guanabara el rumoroso mercado editorial del París de la Restauración borbónica; el proceso de consolidación de la independencia, el de la construcción nacional y el de los esbozos de la modernidad política en el recién nacido imperio (que aguardaba su primera Constitución). Era un momento más de la entrada de las “nuevas ideas” a Brasil. Puerto de llegada del personaje y punto de partida de este artículo.

Pero, al final, ¿qué “nuevas ideas” eran esas, si es que aún podían calificarse de “nuevas”? Antes que pensar de manera abstracta en las principales líneas culturales y citar títulos y autores bien conocidos, en un desliz hacia cómodos lugares comunes, cabe preguntar, históricamente: ¿qué traía Pierre Plancher en su equipaje? Era eso lo que las autoridades monárquicas brasileñas querían saber. En el territorio brasileño (que había salido tan sólo dos años atrás, aproximadamente, de las *trevas del absolutismo* y de la censura previa para cualquier publicación) no existía, incluso en el escenario urbano de la corte, una esfera pública literaria consolidada, a pesar de la aparición de las primeras librerías, tipografías y periódicos. Persistía el control, la desconfianza, la falta de hábito y el analfabetismo. Los debates y los canales de participación política, que se habían ampliado entre 1821 y 1823, eran ahora reprimidos.

La policía de París ya había enviado un oficio a su equivalente brasileña en el que alertaba sobre el viaje de quien consideraba un peligroso agente bonapartista. En consecuencia, el voluminoso equipaje de Plancher fue detenido en la aduana carioca: cajas y más cajas de libros editados por él, el conjunto de su librería con volúmenes de otras editoriales y toda la maquinaria de una tipo-

grafía desmontada que esperaba ser puesta en funcionamiento. ¿Sería posible abrir estas cajas y conocer su contenido? ¿Sería posible prever los usos que se harían de esta carga al mismo tiempo específica y diversificada?

Pasaron los días hasta que, al fin, el comerciante francés consiguió la audiencia solicitada al emperador Pedro I. La habilidosa argumentación de Plancher dio por resultado que obtuviera no sólo el *brevet* de librero sino también el título de “Impresor Imperial” para sí, y el de “Tipografía Imperial de Plancher” para su negocio.² No era oficial, sino oficioso. En aquella época, tanto en Francia como en Brasil la autorización gubernamental para abrir una librería o una tipografía implicaba una ceremonia en la que el comerciante debía prestar juramento de fidelidad al monarca.

El comercio de Plancher se cruzaba con las actividades de las élites letradas de la capital del país, que eran al mismo tiempo élites políticas y culturales preocupadas por edificar los fundamentos de la nación brasileña. Era un comercio político de la cultura. ¿De dónde venía este comerciante que tendría tan relevante papel en los primeros tiempos del mercado de bienes culturales en la capital del naciente imperio tropical?³

Pierre René François Plancher de la Noé nació en la ciudad de Mans, provincia de Manes, Francia, el 10 de enero de 1779. Era hijo de Pierre Constant René Plancher (abogado del Parlamento y procurador real, es decir, una autoridad del Antiguo Régimen). Nuestro Pierre Plancher comenzó a trabajar como tipógrafo –“operario impresor”, como le gustaba presentarse– en 1798. Pasó por varios establecimientos de ese tipo y diecisiete años después instaló su propia *maison d'édition* en la calle Poupée, en los alrededores del *Quartier Latin* parisense. Año turbulento el de 1815, con el fin de la primera Restauración, el retorno fugaz del “Águila” de Napoleón al poder, derrotado por la segunda Restauración de Luis XVIII. Marcado por estos acontecimientos y sin medias

² El nombre comercial Plancher-Seignot era una combinación de los apellidos de la pareja de propietarios (la esposa se llamaba Jeanne Seignot), que tenían también el registro de una *Librairie Politique*.

³ Véase Pacheco, 1917. Para el mercado de bienes culturales en los inicios de los años 1820 en Río de Janeiro, véase Rizzini, 1988.

palabras, Plancher consideraba al ex emperador de los franceses como “el mayor hombre de nuestro siglo”.⁴

Este napoleónico post-Napoleón tuvo dificultades para obtener el permiso –el ambicionado *brevet*– de librero, que no se le concedió sino hasta 1820. De su imprenta surgieron varias obras coherentes con su posición: *Napoléon considéré comme Général, Premier Consul, Empereur, Prisonnier à l’île D’Elbe et à Sainte Hélène, ou Vie Impartiale de ce Grand Capitaine*, 1822 (o sea, poco después de la muerte de Bonaparte), y también el *Testament de Napoléon, ex-empereur des Français, contenant les différents legs qu’il a faits à ses amis, à ses anciens officiers, et généralement à toutes les personnes qui composaient sa maison à Sainte Hélène*. Estos dos libros estuvieron entre las primeras publicaciones realizadas a la muerte del ex emperador y se convirtieron en el centro de debates y de acusaciones de falsificación. Varios militares ligados a Napoleón I refutaron la autenticidad de los textos. Del otro lado, escritores vinculados a la Restauración también los criticaron.

Plancher, una figura notoria en los medios culturales y políticos parisienses de los comienzos del siglo XIX, se vio envuelto en polémicas intrincadas y desagradables y desató discordias políticas, comerciales y literarias –con frecuencia todas al mismo tiempo–. Pero esas querellas tenían un significado más amplio. Se referían a la definición de la libertad –del comercio y de las ideas– en ese momento de paso del absolutismo al liberalismo. El propio Plancher tenía clara conciencia de eso, pues también él estaba siendo procesado tanto por la publicación de obras consideradas subversivas como por la realización de ediciones clandestinas, es decir, sin conocimiento de los autores o de las autoridades. En otras palabras, lo que estaba en juego era la cuestión de la propiedad (los derechos autorales) y de la responsabilidad (pública y política) de los autores y editores, así como el grado de interferencia del Estado al respecto. Era un campo en fase de redefinición, y Pierre Plancher se vio en el centro del de-

⁴ En *Mémoire pour P. Plancher, éditeur des Œuvres complètes de Voltaire en 35 volumes in 12, contre la dame Veuve Perronneau, imprimeur-libraire, audience du 7 novembre 1817*, París, impr. de Mme. Jeunehomme-Crémière, 1817, pp. 3 y 4. Su entusiasmo napoleónico aparece en el folleto *Réflexions sur la lettre adressée au rédacteur du Moniteur par M. Le Comte de Montholon, insérée le 19 janvier 1822, relativement au Testament de Napoléon*, par Plancher, Libraire, París, P. Plancher, 1822.

bate en la llamada Ciudad Luz, tanto que dirigió a la Cámara de Diputados una proclama que, entre otras cosas, decía:

Cette question, Messieurs, est toute entière de commerce: ils'agit de savoir si, dans le fait de la vente des Livres, on peut trouver autre chose que l'intention de mettre en circulation une marchandise et de bénéficier d'elle légalement et légitimement.⁵

Lo esencial de este debate se basaba, por lo tanto, en las siguientes cuestiones: de un lado la intervención del Estado que, desde una perspectiva heredada del absolutismo, intentaba orientar y establecer límites a la actividad intelectual, y, de otro, la libertad de circulación de ideas y mercancías, conforme a las enseñanzas del liberalismo económico y político. La solución que la generación de Plancher pretendía encontrar era difícil. Quien habla de libertad está pensando también en límites –mayores o menores–. Y este conflicto entre dirigismo y liberalismo estaba atravesado, históricamente, por relaciones complejas entre los comerciantes capitalistas y la República de las Letras, o su equivalente en el siglo XIX, y entre ambos y el Estado.⁶

Un poema escrito por un cierto Louis Guyon (anexo al libro *l'Histoire des missionnaires dans le Midi et l'Ouest de la France, lettres d'un marin à un hussard, 1819-1820*), impreso por Plancher, le valió un proceso por crimen político. “Si yo soy condenado en este caso, no habrá más libertad para los librereros en Francia”, clamaba en defensa propia. Casi al mismo tiempo, Pierre Plancher era procesado por el jefe de policía de París, acusado de una edición apócrifa de las *Chansons de Béranger*.

En el precario equilibrio de esta cuerda, Plancher demostró una gran habilidad. Esquivando las estocadas de los Borbones y las zancadillas de los competidores, enredado en las disputas en torno del legado político de Napoleón

⁵ *Responsabilité des Libraires dans les publications d'ouvrages déclarés et déposés; Par Pierre Plancher. Pétition a MM. les Membres de la Chambre des Députés. A Paris, chez P. Plancher, Editeur des Œuvres de Voltaire et du Manuel des Braves, rue Poupée, núm. 7, 1819.*

⁶ Cuestiones discutidas en Daniel Roche, 1988.

Bonaparte, abrumado por la precaria libertad de comercio y de expresión, Plancher, en siete años de actividad en París, publicó 150 títulos, es decir, un promedio de dos títulos por mes, una cantidad considerable. La nata intelectual de los liberales franceses pasó por su tipografía: Benjamin Constant, François Guizot, Royer Collard, Madame de Staël, Destutt-Tracy, Dupont de l'Éure, Prosper Barante, el príncipe y diplomático Talleyrand, el marqués de Lafayette (“Héroe de los Dos Mundos”), el banquero-diputado Laffitte, el abad de Pradt, el banquero-diputado Casimir Perier y el conde de Lanjuinais, entre otros. Es verdad que no siempre se trataba de las obras importantes de estos nombres famosos, con frecuencia eran textos secundarios, de ocasión, algunos discursos, etcétera, pero son indicativos del ambiente (napoleónico y liberal al mismo tiempo) en el cual transitaba este librero.

Incluso la revolución de los esclavos de Santo Domingo (Haití) fue tema de uno de los libros publicados por Plancher: *Christophe et les ultras, ou les Deux n'en font qu'un; matériaux pour l'histoire de Saint-Domingue* (1820), que expresaba un punto de vista típicamente liberal, donde los conservadores que pretendían el retorno del Antiguo Régimen eran equiparados a los esclavos rebeldes –ambos enemigos de las llamadas libertades modernas–. Este sería un tema constante en el Brasil del siglo XIX.

Entre las obras impresas por Plancher estaba un clásico del pensamiento político: *le Cours de Politique Constitutionnelle*, de Benjamin Constant. El impresor había pagado al autor un adelanto de diez mil francos por cuenta de derechos autorales, pero las ventas no correspondieron a las expectativas y causaron nuevos sinsabores al comerciante de las letras.

Se comprende por qué Plancher no estaba muy a gusto en su propio país. Los procesos en su contra se acumulaban, las relaciones con el poder establecido no eran de las mejores y la competencia se volvía feroz. En 1820, cuando nuestro librero consiguió su *brevet*, había en París 254 impresores-libreros –sin contar los que eran únicamente libreros o impresores–. La mayoría se aglomera en el *Quartier Latin* y alrededores. Estos números muestran también la extensión de las dificultades encontradas por la Restauración para controlar la diversidad del mercado de libros y de impresos en general en París –una expansión que venía del siglo XVIII y continuó durante la Revolución francesa, a

pesar de los varios mecanismos de control instalados también por la monarquía restaurada—. La esfera pública literaria poseía vitalidad y autonomía relativa frente al aparato oficial.

En esta época es cuando Plancher, apoyado en su experiencia, parte para Brasil con sus armas y bagajes en busca de nuevos espacios y mercados. Pero la travesía del océano Atlántico produciría una especie de metamorfosis: plebeyo y *sans-culotte* en Europa, Plancher se volvería hidalgo en Brasil.⁷

Su llegada se dio en un momento en que el gobierno del país recién independiente, con un Estado nacional en construcción, carecía de orientación para empresas culturales, o (con riesgo de incurrir en anacronismo) para definir una política cultural. Si bien el control de la Inquisición y de la Corona habían desaparecido y el público letrado se expandía, no había aún una práctica de organización de la cultura compatible con la nueva situación. El perfil de Plancher caía como un guante en la capital luso-brasileña: defensa del liberalismo constitucional, rechazo de los “horrores” de la Revolución francesa y de las rebeliones de esclavos, valoración de autores del Iluminismo y una tendencia imperial de estilo napoleónico. Y sobre todo porque encarnaba la apología del modelo de civilización europea por la reproducción de las costumbres y la propagación de las Luces a través de la educación y de la difusión de los impresos. Así, el plebeyo se volvía hidalgo, en una metamorfosis que, sin embargo, mantenía rasgos de coherencia con las actividades que había desarrollado hasta entonces.

Si el impresor Plancher se había relacionado en París con los más expresivos nombres del pensamiento liberal y de las élites letradas, en Río de Janeiro acontecería lo mismo. Por su imprenta pasaron textos de varios de los fundadores del Estado nacional, como José Bonifácio de Andrada e Silva, José da Silva Lisboa (visconde de Cairu), el diácono Januário da Cunha Barbosa, el periodista y diputado Evaristo da Veiga, el padre Diogo Feijó, Felisberto Caldeira Brant

⁷ “Plébéien en France, sans-culotte à Madrid, Ecrivain contre les Rois à Lisbonne, je me suis fait Fidalgo à Rio de Janeiro”, en el *Spectador Brasileiro*, 268, 15/3/1826. Los periódicos de Río de Janeiro de los años 1820-1830 citados aquí se encuentran en la Divisão de Obras Raras de la Fundação Biblioteca Nacional, en Río de Janeiro.

(marqués de Barbacena), Francisco Gê Acaiaba Montezuma (visconde de Jequitinhonha), Antonio Carlos de Andrada y Antonio Pereira Rebouças, entre otros.

Su actividad editorial resulta innovadora al publicar de manera sistemática datos, estadísticas, documentos cartográficos y colecciones de leyes. Eran perspectivas científicas de gran actualidad en Francia e Inglaterra –donde varios ramos editoriales comenzaban a organizarse de acuerdo con esas divisiones–, pero de escaso desarrollo en Brasil. Plancher fue el primer editor que publicó la *Colleção das leis e decretos do Brazil*, que cubría el periodo 1822-1844.⁸ Dentro de las tareas de organización de la cultura se buscaba registrar, nombrar y cuantificar datos económicos, cartográficos, jurídicos y comerciales con la intención de facilitar el uso de este material por parte del propio gobierno y de los respectivos grupos profesionales, esto es, miembros del congreso, administradores públicos, juristas y comerciantes, entre otros. Plancher fue uno de los pioneros, pero no el único. Estas realizaciones culturales por la vía impresa tenían importancia estratégica en la perspectiva de la construcción de un Estado nacional.

La librería Plancher era una de las estrellas destacadas en la constelación del comercio, sobre todo europeo (cultural o no), que se instalaron en el centro de Río de Janeiro, el núcleo de la ciudad imperial brasileña. Su intervención, al mismo tiempo comercial y editorial, afectaba las costumbres, las prácticas cotidianas, de acuerdo con cierta tradición de comerciantes franceses ya establecidos en la corte. El *Mestre de dança Brasileiro, ou explicações das contra-danças Francezas para uso dos jovens brasileiros e brasileiras*, de Zephiro (1828), estuvo entre las obras editadas, así como el *Jogo de Bilhar* (1830); *Passatempo honesto e familiar, ou colleção de 48 jogos* (1835) y también un significativo *Figurinos da Guarda Nacional* (s. d.), que presentaba modelos de los uniformes para la guardia nacional. Eran modelos también en un sentido más amplio. La di-

⁸ Como ejemplos: *Almanak dos Negociantes do Império do Brasil* (1827), ampliado para *Almanak Imperial do Commercio e das Corporações* (1829) y, más tarde, para *Almanak Nacional do Commercio do Imperio do Brasil* (1832). También en el ámbito de la organización de datos, Plancher publicó la *Estatística da Cidade do Rio de Janeiro* (1832), y en cartografía: *Planta da Cidade do Rio de Janeiro* (1831 y 1833) y un *Mappa colorido do Império do Brasil, das Repúblicas...* (1833).

mención del entretenimiento, bien evidente, hacía parte de este esfuerzo de divulgación de la cultura europea y del establecimiento de modelos civilizatorios.

Este comercio político de la cultura no se limitaba a los impresos. Plancher vendía también, junto con sus volúmenes encuadernados, sombreros de paja italianos, abrigos, prendas y bordados franceses y plumas refinadas para el peinado femenino.

Hay otro punto importante. Con la independencia, las “nuevas ideas” dejaron de estar prohibidas, y desde 1820 ya no entraban al país de manera clandestina, sino como parte de un sólido circuito comercial. Pierre Plancher era parte de una amplia red comercial francesa. Del catálogo de su librería constaban obras impresas por 104 casas editoriales distintas. Entre los libros que estaban a la venta, las grandes *typographies françaises* merecen un lugar destacado: Béchét, Arthus Bertrand, Baudoin y A. Eymery. Si en París Plancher se batía a muerte con los competidores, en Río de Janeiro se volvió representante de esta actividad comercial, que constituía una de las puntas de lanza de la presencia francesa en todos los continentes.

Sin embargo, Plancher resultó más conocido en la historiografía brasileña por los diarios que fundó: el *Spectador Brasileiro* (1824-1827), *L'Indépendant-Feuille de Commerce, Politique et Littéraire* (publicado en francés en Río de Janeiro), además de ser uno de los fundadores del *Jornal do Commercio* en 1827.

Colocado en el centro de las actividades culturales y políticas de la corte brasileña, Plancher no podía estar libre de polémicas tan virulentas, como las que vivió en la capital francesa, aunque en el hemisferio sur no parece haber enfrentado problemas estrictamente económicos, sino más bien con los oponentes políticos del gobierno. Tales debates expresan las tensiones existentes en la formación de esta esfera pública literaria en Río de Janeiro –que no era homogénea ni exclusivamente financiada por el Estado, como lo demuestra el propio establecimiento de Plancher que, por más vinculado que estuviera al go-bierno, funcionaba en ámbitos privados–.

Otro francés establecido en la entonces capital brasileña, Pierre Chapuis, atacó duramente al librero:

El *Spectador* Plancher, que no es más que un receptáculo de calumnias [...] sé que es preciso tener muy poco juicio para cubrirse de vergüenza, sólo para ser siervo del poder, o de cachorrillo que lame los pies de los que gobiernan.

En otra ocasión el mismo redactor insistía:

en muchas de sus hojas, se lee: la Constitución ordena esto, o aquello, etcétera, y luego abajo, en una nota: la Constitución del Imperio se vende en la casa de Plancher, calle del Ouvidor n.º 95.⁹

Vale notar, por cierto, que la *Constitución del Imperio del Brasil* era precisamente el libro más barato que había en el catálogo de la librería: costaba la nada de 240 réis. Chapuis, identificado con el liberalismo exaltado, no perdonaba el apoyo declarado de su compatriota a las autoridades brasileñas, que ponían de manifiesto la exitosa convivencia entre el comercio y el Estado. Lo atacaba por el lado del interés comercial, poniendo en tela de juicio la legitimidad de su actividad política y literaria justamente porque buscaba sobre todo el lucro. En otras palabras, de acuerdo con su acusador, Plancher hacía política para su propio bien y no para el llamado bien común. Chapuis, crítico contundente de la política monárquica brasileña, acabaría siendo deportado del país poco tiempo después, con lo que se ponía al desnudo la falta de tolerancia de las autoridades con la diversidad de expresiones en la escena pública de la ciudad imperial.

Polemizar con Pierre Plancher no siempre era un buen negocio. Que lo diga el portugués João Maria da Costa, quien en su periódico *Atalaya da Liberdade* (donde demostraba cierta simpatía por las repúblicas de la América hispánica) amenazó al librero francés con un proceso por injuria. Once días después, este mismo redactor anunció que las presiones lo obligaban a dejar el país.¹⁰

⁹ *O Verdadeiro Liberal*, núm. 3, 7/3/1826, y núm. 2, 4/3/1826.

¹⁰ *Atalaia da Liberdade*, núm. 8, 6/3/1826.

Otro redactor, Ezequiel Correia dos Santos, del *Nova Luz Brasileira*, se dirigió a Plancher en los siguientes términos: “Francés feo, jorobado (*corcunda*) y sinvergüenza, deja mi tierra... mira Marcos Mandinga...”¹¹

No era un tratamiento particularmente amistoso el dispensado por este exponente de los liberales exaltados. El redactor calificaba a Plancher de “*corcunda*”, sinónimo de los partidarios del *despotismo* en el vocabulario político de la época, y clamaba por el socorro de Marcos Mandinga, personaje creado por el panfletario bahiano Cipriano Barata, que representaba a un médico portador de una máquina para enderezar “*corcundas*” –una de las metáforas más utilizadas en los debates de entonces–.

Al contrario de lo que había pasado en París, en las tierras brasileñas Plancher era atacado por la oposición liberal y apoyado por el gobierno monárquico. ¿Hasta qué punto esta metamorfosis era incoherente con sus prácticas y sus postulados anteriores?

Plancher criticaba al gobierno francés, no a la civilización europea. El libre-ro continuaba dueño de sus propias ideas sobre la libertad de comercio y de expresión y sobre las herencias de la Revolución francesa, pero buscaba, sin embargo, articular esas premisas con el contexto en que ahora se encontraba. Según él, había dos razones para vender y publicar impresos: instruir al público y ganar dinero. Para Plancher los males brasileños resultaban de la “falta de experiencia revolucionaria”, afirmación que puede parecer sorprendente viniendo de quien venía. Pero ella servía como diagnóstico para legitimar su postura diferenciada frente al imperio brasileño y de la Restauración francesa: la libertad de expresión traería “graves inconvenientes” para Brasil, sobre todo “cuando se establece de una vez” –y allí entraba lo que llamó falta de experiencia revolucionaria– en medio de un pueblo “cuya educación política aún está por llevarse a cabo”.¹²

Metamorfosis bien realizada, sin duda, que buscaba guardar signos de coherencia, aunque sea significativo recordar que buena parte de los liberales brasileños de esta época, de diferentes matices, como Evaristo da Veiga o Ci-

¹¹ *Nova Luz Brasileira*, núm. 9, 8 /1/1830.

¹² *L'Indépendant*, núm. 1, 21/4/1827.

priano Barata, tenían una concepción más amplia y vigorosa de la libertad de expresión y de sus límites.¹³

LAS REVOLUCIONES EN LOS ESTANTES DE LA LIBRERÍA

Pero, a fin de cuentas, ¿qué otras cosas más específicas traía Plancher en su equipaje? ¿Qué libros venían con él y continuaban llegando por las rutas del comercio internacional de bienes culturales del siglo XIX? Los volúmenes hacían un largo trayecto desde las tipografías vecinas al río Sena hasta la librería de la ciudad del río Carioca: de las prensas parisienses iban hacia los puertos franceses, donde iniciaban una travesía de cuarenta días aproximadamente y desembarcaban en el puerto de Río de Janeiro para, después de liberados en la aduana, ser colocados en los estantes de la calle del Ouvidor. Después de ese momento de arreglo y reposo los ejemplares nuevamente serían movidos al venderse, y así llegaban a las casas, muchas veces a las calles, por caminos diversos e imprevistos.

En 1827 los catálogos de la librería Plancher ofrecían 317 títulos. Como era de esperarse, la mayoría de las obras (81%) estaba escrita en francés, mientras que sólo el 10% lo estaba en inglés y tan sólo el 6% en portugués, que superaba así al español, con un pobre 2%, por más que fuera la lengua de los países limítrofes de Brasil, y al latín (1%). Productos de grandes mercados editoriales como el italiano, germano y holandés, por ejemplo, estaban casi ausentes. Pero hay que subrayar que se trataba de una librería establecida durante largos años en Río de Janeiro y buena parte de los libros ofrecidos en francés habían sido escritos en otra lengua, puesto que el número de textos originalmente escritos en este idioma era de 69%. En otras palabras, el francés aparece como instrumento de divulgación para autores de otros idiomas. Es evidente que estamos ante una librería francesa y es posible que los catálogos de otras librerías cariocas hayan sido diferentes. Tampoco se puede inferir de esos datos que las bibliotecas particulares brasileñas tuvieran esta misma proporción. Pero, por otro

¹³ Véase Tarquínio de Sousa, 1960, y Morel, 2001.

lado, se refuerza la indicación evidente del peso de la cultura francesa en un país donde el gobernante máximo, Pedro I, sólo hablaba, además de su lengua materna, el francés.

El francés no sólo se había convertido en algo así como el idioma de las Luces, la lengua internacionalizada de las élites culturales occidentales, sino que también transformaba a Francia en una especie de “metrópoli cultural” para esos mismos grupos letrados que constituían, también, los cuadros dirigentes nacionales de cada país. Y todo indica que, en esos momentos, dicha red de comercio era mucho más importante para afirmar la presencia francesa que, por ejemplo, la acción diplomática.

El periodo histórico de las ediciones revela un tendencia por la lectura más contemporánea: 60% de los títulos identificados habían sido impresos en la época de la Restauración (es decir, a partir de 1815), aunque también se encontraba un 3% de obras escritas en la antigüedad (el gusto neoclásico), así como algunas originarias del siglo de la Ilustración (13%). Ahora bien, existe una interpretación, bastante difundida en algunos lugares, que tiende a explicar los procesos de independencia de las Américas portuguesa e hispánica y las tentativas de desarrollo de la modernidad política como resultado de la llegada de las “nuevas ideas”. Pero los datos recabados en la librería Plancher permiten que se altere en parte tal afirmación: las Luces llegaban a Brasil, en efecto, pero en la época de la independencia y de la construcción del Estado nacional eran intermediadas por el filtro de la Restauración de la monarquía francesa, factor que influía, por lo tanto, en la selección (por medio de la edición y venta de libros) de aquellas Luces que atravesarían el océano Atlántico. ¿Y de qué trataban esos libros? ¿Cuáles eran sus contenidos?

Historia	25%
Ciencias y artes liberales	24%
Política	19%
Letras	16%
Derecho	12%
Religión	4%

Se observa, por lo tanto, que la historia formaba el principal filón editorial: sumada a la política, constituía casi la mitad del acervo de la librería. ¿Qué tipo de historia se escribía? El tema más citado lo constituían las memorias, mientras que el último lugar lo ocupaba la historia eclesiástica. La política se subdividía en teoría política (el tema más presente), constituciones, relaciones entre Estados, manifiestos e informes.

Quien se demorara más tiempo en esta librería del centro de la ciudad imperial de Río de Janeiro y hojeara los libros con atención se daría cuenta de que un tema ocupaba la mayoría (59%) de los libros de historia y política: las revoluciones, y en primer lugar la francesa (72% de las obras sobre el asunto).

La Revolución francesa (y no tanto los eventos ocurridos en Francia entre 1789 y 1799 –o hasta 1815, como prefieren algunos–), se volvió una especie de paradigma del nacimiento de la modernidad política. Se trataba de crear nuevas referencias y valores culturales para la política: el vocabulario, la dinámica de las asociaciones y la organización de los poderes con otros criterios de soberanía, serán algunos de los aspectos centrales.

En esta línea, tratar de las herencias de la Revolución francesa parece ser más promisorio que volver a recorrer los manidos caminos de la búsqueda de sus influencias –un término intencionalmente evitado aquí–. Tales “influencias” son tratadas por lo general con el propósito de definir una causalidad, un origen, casi siempre demarcados por coincidencias cronológicas (por ejemplo: la caída de la Bastilla y la Conjuración Mineira ocurridas el mismo año). Los “influidos” habrían recibido las “influencias” de ideas o agentes activos, de manera más o menos pasiva. Sin embargo, este tipo de “influencia” requiere opción, elecciones y relecturas realizadas por los llamados “influidos”. En el fondo, se trata del empleo de vocabularios comunes en una misma época, pero con significados diferentes de acuerdo con las transformaciones de tiempo, espacio y lugar social.¹⁴

¹⁴ Para un estudio de caso comparado entre las metamorfosis de las ideas entre Brasil y Francia en los años 1830 véase Marco Morel, “Le roi, le peuple et la nation: métamorphoses du libéralisme politique en France et au Brésil (1830-1831)”, en Katia Mattoso (org.), *Pouvoir et Nation (L'idée nationale au Brésil)*, *Cahiers du Brésil Contemporain*, núm. 23-24, París, Ecole de Hautes Etudes en Sciences Sociales, septiembre de 1994, pp. 59-76.

El lector de la corte imperial brasileña que quisiera comprar memorias sobre la Revolución francesa sería bien servido en la librería Plancher. ¿Pero qué tipo de memorias? Se trataba sobre todo de testimonios de nobles que se habían exiliado (los famosos *émigrés*), como mártires o como sobrevivientes; diarios de marquesas “maquillados” y transformados en libros (por ejemplo las memorias de la marquesa de La Rochejaquelein, del barón de Gougelat, del marqués de Ferrières, de la marquesa de Bonchamps, o de los barones de Bignon y de Besenval).

Aun en esta misma vena editorial –los testimonios contra la Revolución– en los catálogos encontramos libros de revolucionarios arrepentidos o perseguidos, personajes que por razones diversas chocaron con sus antiguos aliados. Bailly, Barbaroux, Louvet de Couvray, Meillan, Senar, Thibaudeau... Como se sabe, los cambios de posición y de campo político eran frecuentes también en el Brasil imperial, donde esos libros podrían ser comprados.

Bajo la Restauración también se editaban –y mucho– autores de la Ilustración. En los gobiernos de Luis XVIII y Carlos X había espacio para la lectura de los enciclopedistas, como lo había habido bajo Luis XVI. Condillac, Diderot, Mably, Buffon, Chatellux, Glorian, Goguet, Helvetius, Marmontel, Montesquieu, Vattel y el famoso *Les Ruines ou Méditation sur les révolutions des empires*, de Volney (siempre citado entre las conjuraciones del siglo XVIII en Brasil), reposaban en las estanterías de la librería Plancher a la espera de compradores –estaban entre los volúmenes más caros, con algunas ediciones del siglo XVIII–. Rousseau no constaba en los catálogos. ¿Pero la Revolución no es hija de las Luces? Hoy en día sabemos que no es posible establecer un vínculo directo y simplista entre los llamados iluministas y las revoluciones.

Los autores propiamente revolucionarios anunciados en el catálogo de Plancher son raros y en general pertenecen a los “moderados” o girondinos. Las ausencias y lagunas también ayudan a componer el perfil de una librería donde no se anunciaba (lo que no quiere decir que no había...) nada de Robespierre, Danton, Marat o Saint-Just, por ejemplo. En compensación, había relatos de Madame Roland (considerada una de las precursoras del liberalismo y muerta en la guillotina), Philippe d’Orléans (duque de Chartres, primo

de Luis XVI, que se sumó a la Revolución y cambió su nombre por el de Philippe Egalité, lo que no lo libró de ser guillotinado).

Es verdad que también estaban algunos libros de los llamados precursores de la Revolución, como el abad Raynal y Mably, pero sólo fue posible encontrar impresas las alocuciones de los revolucionarios con sus expresiones más características en la monumental antología llamada, sugerentemente, *Choix des rapports, opinions et discours prononcés à la tribune national depuis 1789 jusqu'à ces jours, recueillis dans un ordre chronologique et historique*, editado por Guillaume Lallement en 1818. Al consultarse, por ejemplo, el tomo X, referente a los años 1792-1793 (el periodo jacobino), es posible encontrar trechos de declaraciones de revolucionarios célebres. Pero tomemos como muestra las 110 páginas dedicadas al proceso contra Luis XVI: ¡7 páginas para la acusación y 103 para la defensa del monarca!

Tenemos así, a grandes rasgos, una verdadera línea editorial (para usar un término actual) configurada en las estanterías de la librería Plancher durante el primer reinado brasileño: de un lado, testimonios diversos, pero vinculados por el rechazo a la Revolución francesa, memorias para la elaboración de una memoria; del otro, autores iluministas releídos por la percepción posrevolucionaria. Esta definición editorial tendría aún otros contornos importantes.

LOS LIBERALISMOS COMO RESPUESTA A LAS REVOLUCIONES

Hay una veta significativa en el entrecruce de los géneros de la historia y de la política, en especial la teoría política, que puede ser encontrada en este conjunto de libros. Al salir del terreno de las memorias o de los precursores encontramos las primeras obras que formulan una interpretación liberal de la Revolución francesa, parte integrante de las proposiciones liberales (en plural) que comienzan a reordenar la sociedad posrevolucionaria. Era este un dilema que interesaba de cerca a los grupos dirigentes brasileños: ¿cómo construir una nación después de la Revolución?

Entre los liberales franceses, uno de los más presentes en los catálogos de la librería Plancher era François Guizot (1787-1874), con tres títulos: *Du Gouvernement de la France depuis la Restauration et du ministère actuel* (de 1820); *De la*

peine de mort en matière politique (de 1822), impreso, por lo tanto, ya en el periodo opositor del autor; trata de un tema delicado y candente en la época: el autor se rebela contra la pena de muerte y desarrolla argumentos políticos, jurídicos y filosóficos en ese sentido. Y, finalmente, una tercera obra, de la juventud del autor, el *Nouveau dictionnaire universel des synonymes de la langue française*. También del mismo Guizot había diversos ejemplares de la *Collection sur la Révolution Anglaise*, organizada por él y a la que me referiré más adelante.

François-Guizot, futuro primer ministro en la monarquía de julio (1830-1848), era el principal exponente de un grupo de intelectuales franceses –“los Doctrinarios”– que hacían política y participaban del poder gubernamental. Durante la Restauración (1815-1830) fueron opositores la mayor parte del tiempo y casi siempre situacionistas en el reinado de Luis Felipe (1830-1848). Las actividades públicas y las reflexiones teóricas de este grupo tuvieron una gran repercusión en el medio político e intelectual brasileño del imperio –una relación que, por cierto, no ha sido aún estudiada en toda su complejidad–.

En líneas bastante resumidas, ¿cómo se caracterizaban los liberales doctrinarios?¹⁵ La voluntad de romper con la filosofía del siglo XVIII acabó por generar una cultura política al mismo tiempo moderna y conservadora que buscaba formas de gobierno y de control adaptadas a una sociedad cada vez más pluralista y en vías de modernización. Guizot, Royer Collard, Victor de Broglie, Charles de Remusat y Barante, entre otros, formaban un grupo reducido e influyente. Por medio de libros, artículos, conferencias y cátedras trataban de construir una filosofía política y de interpretación de la historia. Eran también hombres de poder, de la administración, del Parlamento, deseosos de encontrar soluciones prácticas para el mantenimiento del orden político y social. Eran representantes de un liberalismo que buscaba el *juste milieu* entre el absolutismo y la Revolución, pero desde la perspectiva de un Estado fuerte y centralizador, regulador y guardián del orden social.

¿Y cómo llegaban a Brasil estas ideas (que algunos califican de manera imprecisa como “eclecticismo espiritual”, pero que forman parte, sobre todo, del dominio del pensamiento político liberal)? Vale la pena señalar que no se co-

¹⁵ Véase, Díaz del Corral, 1945, y Cruz Canavieira, 1988.

noce ninguna obra de Benjamin Constant traducida al portugués en Brasil en la primera mitad del siglo XIX, mientras que de Guizot se tradujeron al menos tres en ese periodo.

Una de estas ediciones, *De la Démocratie en France*, fue autorizada por el propio Guizot. Es de notar la rapidez de la iniciativa, pues la primera edición de este libro salió en enero de 1849 en Francia, y en febrero en Río de Janeiro. En esos momentos Guizot estaba exiliado en Londres (a raíz de la caída de la monarquía de julio y de la proclamación de la II República) y era considerado como un “chivo expiatorio” de la situación por los conservadores de toda Europa, pues su actitud como ministro había estado pautada por la intransigencia y la subestimación de los movimientos revolucionarios de 1848. Visto como el enemigo mayor de los revolucionarios y ahora estigmatizado por los que compartían sus ideas, Guizot se convirtió en un mal ejemplo en el medio europeo, y se precipitó en un ostracismo del cual jamás se recuperó. Mientras tanto, en esos momentos su libro era publicado en Brasil –donde la Revuelta Praieira acababa de ser sofocada justamente en nombre del orden social–. Las metamorfosis en lugar de las “influencias”.

Una cita de este libro de Guizot publicado en 1849 nos remite al origen del tema tratado aquí: las herencias de la Revolución en el siglo XIX:

Un pueblo que hace una revolución sólo supera sus peligros y sólo recoge sus frutos cuando él mismo trae, sobre los principios, los intereses, las pasiones y las palabras que guiaron esta revolución, la sentencia del juicio final, separando la paja del trigo y el fermento de la paja destinada al fuego.

Guizot trata aquí, sobre todo, de la elaboración de una memoria histórica de las revoluciones, con el pasado sirviendo de ejemplo y lección para el presente. En la metáfora de este cristiano protestante era necesario “juzgar” los principios, las pasiones, los intereses y las palabras (hay que subrayar este elenco conceptual, bastante preciso), y el resultado de este “juicio” sería una cosecha que serviría para alimentar a la sociedad. Los elementos que no se prestaran a eso deberían ser destruidos por el fuego.

En el catálogo de Plancher también encontramos tres títulos de Benjamin Constant (1767-1830): el ya citado *Cours de Politique Constitutionnelle*, *Mémoires*

sur les Cent Jours en forme de lettres (1820) y *De la Religion considérée dans sa source, ses formes et ses développements* (1824).

Al contrario de Guizot, Benjamin Constant defendía un liberalismo en el cual la fuerza de la sociedad debería sobreponerse al Estado, que no sería fuerte o centralizador. Sociedad en un sentido amplio, sea desde el punto de vista de la libertad de comercio y de la preponderancia del *laissez-faire* de los grupos económicos en ascenso, hasta la afirmación más vehemente en defensa de la libertad de expresión y de autonomía del Parlamento. Es inútil insistir sobre la importancia del pensamiento político de este suizo-francés en la institucionalización del imperio de Brasil, sobre todo en la Constitución de 1824.¹⁶ No obstante, si observamos con más detalle las características del pensamiento de estos dos autores del liberalismo francés, quizá podamos concluir que en la construcción del Estado nacional brasileño preponderaron las ideas que Guizot defendía.

Entre los ejemplares a la venta de Madame de Staël estaba el famoso *Considérations sur les principaux événements de la Révolution française* (de 1818), considerado un libro fundador, además de antologías de textos de su padre, el barón de Necker, ministro de Luis XVI, organizadas por ella.

En una época marcada por la búsqueda de una legitimidad constitucional que no representara ni un retorno al Antiguo Régimen ni la radicalización del proceso revolucionario, las élites brasileñas, al mismo tiempo políticas y culturales, estaban muy interesadas en esas lecturas.

El anticlericalismo de la Revolución francesa o, hablando con más propiedad, el recelo racionalista respecto de la religión, seguido de la valoración del poder civil y laico, dejaría marcas en los liberalismos del siglo XIX, después de haber laicizado las lecturas y bibliotecas desde el siglo XVIII. Plancher no dejaba de vender breviarios y misales en su librería. Pero en ella era posible encontrar también un curioso libro llamado *Dictionnaire critique des reliques et images miraculeuses*, de Collin de Planey, publicado en 1821. El libro trata de inventariar los dieciséis cuerpos de San Pedro, los sesenta y tres dedos de San Juan Bautista y los diecisiete brazos de San Andrés..., tomando a esos objetos de

¹⁶ Véase, Tarquínio de Sousa, 1960, y Pimenta Bueno, 1978 [1857].

culto del catolicismo como expresión de la “flaqueza del espíritu humano”. El autor atacaba, así, uno de los hábitos más arraigados y constantes entre la civilización occidental y cristiana: el culto a las reliquias, esto es, a objetos o restos humanos que se suponían ligados a la vida de los santos católicos.

En cuanto a las obras en inglés y las editadas en la península ibérica que constan en los catálogos de la librería Plancher, destacan dos temas: las revoluciones (tanto la encabezada por Cromwell en 1649 como la “Gloriosa” de 1688) y la economía política. Es conocida la fuerza que tuvo el modelo parlamentarista aristocrático inglés en la elaboración del liberalismo político del siglo XIX. El paralelo con *Glorious Revolution* también era uno de los puntos centrales de los proyectos de los liberales franceses: conquistar las reformas demandadas por el Parlamento sin conflictos. Guizot, como historiador, coordinó y publicó una *Collection des Mémoires relatifs à la révolution d’Angleterre*, veinticinco títulos impresos por la tipografía Béchét, de París, en los años 1820, de los cuales seis se encontraban a la venta en la librería Plancher: memorias de Carlos I, Clareindon, Holles, Hutchinson, Ludlow y Price eran narrativas y testimonios sobre la Revolución inglesa (no confundir con la llamada Revolución Industrial), considerada como fundadora de las libertades modernas. Una vez más aparece la noción de memoria para los estudios históricos sobre las revoluciones: el ejemplo inglés divulgado y reinterpretado vía Francia.



El librero y editor francés Pierre Plancher desempeñó su papel en la elaboración de una esfera pública literaria en la ciudad imperial de Río de Janeiro, al ayudar a estructurar las características de este espacio público a través del desarrollo de actividades comerciales, con lo que reforzaba determinados fundamentos políticos y culturales y reproducía la afinidad entre las actividades privadas y el Estado.

Con la abdicación de Pedro I en 1831, Plancher parece no vacilar ante la caída de su protector y, en una muestra de maleabilidad, cambia el nombre de su negocio por el de “Typographia Constitucional de Seignot-Plancher”, y abandona de paso, en buena hora, el título de “imperial”. Comienza entonces a acompañar las tendencias de la sociedad y a transformarlas en líneas editoria-

les; así, publica una serie de obras relativas a las nuevas formas de sociabilidad que se insinuaban, como *Constituição do povo Maçônico* (1832) y los *Annaes Maçônicos Fluminense* (1832); asimismo imprimió los *Estatutos da Sociedade de Educação Liberal* (1833).

Con la monarquía de Julio en Francia (1830), buena parte de los amigos y aliados de Plancher llegan al poder. Cuatro años después él publica en la imprenta carioca, en portugués, una emocionada carta de despedida y retorna definitivamente al país natal, sin que se perciban indicios de que haya reiniciado su actividad editorial. Posiblemente rico con el dinero obtenido en Brasil, Plancher murió en París en 1843.



Los catálogos estudiados abren pistas para una tipología del público letrado de Río de Janeiro en los años siguientes a la independencia, de sus gustos, puntos de interés, profesiones y padrones culturales. Pero los libros y las ideas se relacionaban de forma dinámica con la sociedad, circulaban, eran repetidos y podían ser reapropiados. Las fronteras y definiciones entre los grupos políticos y sus vocabularios, el perfil de los formadores de opinión y la circulación de voces y clamores por las calles, llevan a otras dimensiones de lo que llamamos aquí la transformación de los espacios públicos.

La novela *Memórias póstumas de Brás Cubas* de Machado de Assis, escrita a finales del siglo XIX, expresa, entre otras cosas, el *ethos* del hombre liberal de la corte imperial brasileña de la primera mitad de aquel siglo. Sabemos que, al lado de los libros, Pierre Plancher vendía otro producto muy demandado, el purgante Le Roy, en torno del cual nuestro librero hacía un gran publicidad. Brás Cubas, el personaje de la novela, frecuentaba la librería Plancher y tuvo como verdadera obsesión la fabricación y venta de una untadura creada, según el maestro de la ficción brasileña, para “aliviar nuestra humanidad melancólica”. Con su aguda sutileza, Machado de Assis parece dejar escapar este par de frases:

Al día siguiente, cuando estaba yo en la calle del Ouvidor, a la puerta de la tipografía de Plancher vi aparecer, en la distancia, a una mujer espléndida. Era ella; sólo

la reconocí a pocos pasos, tan otra estaba, a tal punto la naturaleza y el arte le habían dado el último esmero.¹⁷

Esta sensación ante la belleza femenina y la mujer amada, transformada por el arte, se mezcla a otras pasiones de Brás Cubas, el personaje: la búsqueda de un sistema político para la “salvación” de Brasil y los intentos por triunfar en una carrera política o literaria, así como el deseo de hacer fortuna en los negocios. Al fin de cuentas, delante de la librería y tipografía Plancher parecían brillar no tanto las revoluciones, sino las Luces ascendentes de la cultura y de la civilización, que bañaban a una sociedad que se mantenía esclavista. ❧

BIBLIOGRAFÍA

- Cruz Canavieira, Manuel F., *Liberals Moderados e Constitucionalismo Moderado (1814-1852)*, Lisboa, Instituto Nacional de Investigação Científica, 1988.
- Díaz del Corral, Luiz, *El liberalismo doctrinario*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1945.
- Machado de Assis, *Memórias Póstumas de Brás Cubas*, Sao Paulo, Ática, 1985 [1881].
- Morel, Marco, *Cipriano Barata na Sentinela da Libertad*, Salvador, Academia de Letras da Bahia/Assembléia Legislativa do Estado, 2001.
- , *La formation de l'espace public moderne à Rio de Janeiro (1820–1840): opinion, acteurs et sociabilités*, tesis de doctorado en Historia, Université de Paris, 1995.
- Pacheco, Félix, *Hum Francez-Brasileiro-Pedro Plancher. Subsídios para a História do Jornal do Commercio*, Río de Janeiro; Jornal do Commercio, 1917.
- Pimenta Bueno, José Antonio, *Direito Público Brasileiro e Análise da Constituição do Império*, Brasilia, Senado Federal, 1978 [1857].
- Rizzini, Carlos, *O livro, o jornal e a tipografia no Brasil (1500-1822)*, Imprensa Oficial do Estado de São Paulo/Imesp, 1988 (edición facsimilar).
- Roche, Daniel, *Les Républicains de Lettres. Gens de culture et Lumières au XVIII siècle*, París, Fayard, 1988.
- Tarquínio de Sousa, Octavio, *A vida de D. Pedro I*, t. 2, Río de Janeiro, José Olympio, 1960.
- , *Evaristo da Veiga*, Río de Janeiro, José Olympio, 1960.

¹⁷ Machado de Assis, 1985 [1881], capítulo 50.